

# El espejo de la muerte

En una antigua casa de Toledo, donde los muros aún guardaban susurros de otros tiempos, Ana encontró un espejo polvoriento. Su marco dorado y retorcido tenía inscripciones en latín, y su reflejo parecía más oscuro de lo normal.

Desde la primera noche, escuchaba su nombre en murmullos.

—Ana... aún no es suficiente.

Intrigada y aterrada, descubrió en los viejos archivos de la casa la historia de Elena de Arévalo, una joven noble del siglo XVI obsesionada con la perfección. Murió de hambre frente a ese mismo espejo, convencida de que aún estaba demasiado gruesa para alcanzar la belleza divina.

Ana, hipnotizada por su reflejo, dejó de desayunar, luego de almorzar, pronto la cena también desapareció. Aquella mujer pálida le sonreía desde el espejo, más alta, más hermosa.

Veía a Elena en el cristal, sonriéndole. Sus huesos comenzaron a asomar bajo la piel. Ni una cama junto a la Virgen de la Salud la salvaría. El llanto de sus padres y las palabras de los médicos, rebotaban en su cabeza vacía. Solo la voz de aquella mujer tenía sentido.

Esa noche, despertó y la vio al pie de su cama. Sintió unos dedos helados en su muñeca.

—Ven conmigo —susurró Elena desde el otro lado.

Cuando la encontraron, Ana yacía en el suelo. Ahora en el espejo, dos figuras esqueléticas se sonreían mutuamente.